

neral superfluas: *uzo* por *uço* (4723), designado expresamente como a. cast., etc.

Es lamentable, repetimos, que no se haya evitado todo esto, que es accesorio y sobre todo fácil de evitar. Lo sustancial presenta aquellas cualidades comunes a toda la obra del señor García de Diego a que ya hemos hecho referencia al principio. Su actitud es siempre independiente y en muchos aspectos ecléctica: propone etimologías latinas para *vega* e *isart*, etc. p. ej., mientras parece aceptar el origen vasco de algunas voces que generalmente se rechaza actualmente. Sus puntos de vista no siempre serán acogidos sin discusión (así no es fácil creer, sin más, que *zorro* provenga del vasc. *azari*), pero son siempre personales y sugestivos.

Para nosotros, aparte de lo que el libro tiene de positivo, que es mucho, constituye un excelente recordatorio de algo que debíamos tener y no tenemos: un estudio general y detallado del elemento latino-románico en la lengua vasca.

L. M.



MEMORIAS, por Pío Baroja. Editorial Minotauro. Madrid, 1955.

Como explica J. Caro Baroja en una breve introducción, se ha preparado esta segunda edición con un criterio selectivo: «Lo esencial era dar un texto que resultara lo más coherente y armónico posible, dejando lo que es más vital y útil para la comprensión del mundo barojiano. Se ha hecho un esfuerzo para ilustrar esta edición de un modo adecuado... y se ha esbozado un índice analítico que pueda servir de guía y orientación al lector. También se han corregido algunas erratas de la edición primera».

Las fotografías que ilustran esta edición, a pesar de las dificultades a que se alude en la introducción, no pueden ser más adecuadas. Se cierra el volumen con una bibliografía de Baroja tomada de la revista *Índice*, un breve epílogo de puño y letra del autor y unos índices muy cuidados. Además del general, hay un índice de personas, otro de obras del autor y uno de voces vascas.

La composición material del volumen es tan esmerada como su preparación. Es un esfuerzo que honra a la nueva Editorial Minotauro y una promesa firme de la calidad de sus publicaciones próximas.

L. M.



SCHLAEUCHE UND FAESSER, por Johannes Hubschmid. A. Francke AG. Verlag. Bern, 1955.

La finalidad y alcance de esta obra están claramente explicados en el subtítulo: «Wort- und sachgeschichtliche Untersuchungen mit besonderer Berücksichtigung des romanischen Sprachgutes in und ausserhalb der Romania sowie der türkisch-europäischen und türkisch-kaukasisch-persischen Lehnbeziehungen». Más de una vez he tratado en las páginas de este BOLETIN, con verdadero placer, de los trabajos de J. Hubschmid, que unen siempre a una información excepcional un juicio maduro y sereno. Se ocupa esta vez de palabras culturales, de los nombres de odres y toneles, y principalmente de los primeros, y una búsqueda infatigable de los nombres a través del tiempo y del espacio junto a la atenta consideración de los objetos le permite trazar un amplio cuadro, extremadamente sugestivo, de relaciones culturales y de su reflejo lingüístico. Como siempre, ha hecho pleno honor a los principios metódicos que expone en la página 162.

Límite mi comentario a sus consideraciones sobre vasc. *aska* y *zahagi* etc. Hubschmid toma en consideración, con todas las reservas, la posibilidad de que el vasc. *aska* esté emparentado con el gr., ya homérico, *askós* «odre» (p. 81 s.). Ello supone un cambio semántico de «odre» a «recipiente de madera o de piedra», y en apoyo recoge de Lhande algunas acepciones no citadas por Azkue: *ardanaska* «vase à vin», *lurraska* «vase a grès». Pero en definitiva esto nos lleva a juzgar el valor que debe concederse a Harriet e Hiribarren, que son las fuentes de Lhande: ¿han existido estas formaciones en ese sentido o se trata sencillamente de construcciones de los lexicógrafos citados? Creo, en todo caso, que los datos seguros de que disponemos sobre los